



Agustín Argüelles.

Juan Ramón Coronas considera a Argüelles el verdadero autor material del texto constitucional

Esos dos momentos fueron, primero, la feliz circunstancia que llevó a Argüelles a Londres en 1806 en una misión diplomática encargada por el Gobierno de la Monarquía, de objetivos no bien conocidos. Estancia londinense que le permitió conocer y admirar de la mano del precoz hispanista lord Holland el funcionamiento del sistema parlamentario británico, cuyo conocimiento fue decisivo para su práctica política en las Cortes gaditanas, aunque después se decantara por el modelo constitucional revolucionario francés (por cierto, que allí le encontró, y recibió su apoyo, el grupo de comisionados asturianos que la Junta de Asturias había enviado en 1808 a la capital inglesa para llevar a cabo una alianza militar con Gran Bretaña contra el invasor francés, tras haber declarado los representantes asturianos la guerra a Napoleón). El segundo hito que explica en parte su decisivo papel en las Cortes de Cádiz es, sin duda, su nombramiento como secretario de la Comisión de Legislación la Junta Suprema Central es-

tablecida en Sevilla a causa de la guerra, nombramiento en el que tuvo que ver, sin duda, la influencia de Jovellanos, quien, incluso descontento con la forma unicameral de las Cortes y la dirección que tomaba la obra legislativa preconstitucional gaditana, siempre le manifestó su respeto y estima. Su intensa actividad legislativa en Sevilla le permitió tener un profundo conocimiento de la legislación de los reinos y la Monarquía españoles y del proceso constitucional francés, conocimiento que después utilizaría con gran maestría y habilidad tanto en los primeros decretos preconstitucionales aprobados por las Cortes como en la Comisión Constitucional, creada por éstas para alumbrar el proyecto de Constitución. Comisión de la que Argüelles fue miembro destacado y, por sus conocimientos, elemento decisivo en la redacción del proyecto, así como después en su discusión y aprobación.

Que su papel en la composición del texto constitucional fue decisivo lo prueba que Argüelles, junto con Espiga y Gadea, fue uno de los dos diputados encargados de redactar el discurso preliminar con que la Comisión presentó el texto constitucional a las Cortes. Y el asturiano fue, además, el encargado de presentarlo y leerlo. Coronas considera con cierto fundamento que esos datos son una clara prueba de que don Agustín fue el verdadero autor material del mismo.

Más original y novedosa es la segunda parte del libro, cuyo contenido es una reconstrucción minuciosa de los homenajes y honores post mortem que se le dedicaron al tribuno asturiano, través de los cuales se constata cómo fue la recepción que la sociedad española tuvo de la obra política de Argüelles o, dicho de forma más actual, cuál ha sido el contenido y la evolución de la memoria histórica de su obra política. Ese recorrido por «los lugares de la memoria» —como los denomina la historiografía francesa— de Argüelles es una prueba más del escaso interés que en Asturias ha despertado su legado, con algunas excepciones. El único homenaje en vida que recibió fue precisamente su nombramiento como doctor honoris causa por la Universidad ovense. Y en el pasado siglo y en el actual, de lo que es una muestra palpable este libro, los que le ha dedicado su villa de nacimiento: Ribadesella.

La invasión televisiva

Espacios públicos que se transforman por el temor al silencio



ROSA SALA ROSE

Una amiga holandesa me dijo hace poco que cuando en su país alguien quiere dibujar una viñeta cómica sobre España dibuja un bar con un camarero gordo, un jamón colgado del techo y una tele encendida. La presencia de televisiones en los bares españoles es motivo de asombro y de bafa en los países del Norte, donde una cafetería o un bar es todavía un lugar de conversación o de recogimiento, un sitio desde el que contemplar una tarde lluviosa con una taza de café en la mano, mantener una larga conversación con un amigo o leer tranquilamente el periódico.

Antes en España la tele estaba reservada a los típicos «bares Manolo». Era una gran caja pesada, voluminosa y cara, orgullo del propietario del bar y niña de sus ojos. Servía para ver el partido de fútbol los domingos por la noche o las noticias al mediodía. El resto del tiempo solía permanecer oscura, como una divinidad que espera en silencio desde su altar elevado que vengan los fieles a rendirle culto.

Pero desde que las televisiones se han convertido en superficies planas, baratas y que caben en cualquier sitio han proliferado hasta invadir casi por completo el espacio público. (El privado ya hacía tiempo que lo habían conquistado). Ahora los bares ya no tienen una sola tele en la que los clientes fijan su atención al unísono como besugos uniformados —no hay nada más cómico que pasar por delante de un bar con tele en un día de partido—, sino tres o cuatro, una en cada pared, para que los disidentes ya no puedan emplear el viejo subterfugio de darle la espalda. El nuevo invasor ya no se encuentra únicamente en los «bares Manolo». Incluso los restaurantes de moda, las cafeterías de media tarde o las peluquerías y los aeropuertos consideran necesario bene-

ficiar a su clientela con una intrusión de imágenes y sonidos no solicitados que la alejan a la fuerza de cualquier intento autónomo de reflexión. Al final nos rendimos sin ofrecer resistencia a este poder totalitario, apartando nuestra mirada del periódico o de los ojos del amigo y rindiéndonos al magnetismo inevitable de la deslumbrante imagen en movimiento.

Nos rendimos sin ofrecer resistencia a este poder totalitario y al magnetismo de la imagen en movimiento

George Steiner definió en su día los cafés como un rasgo característico de Europa. «El café es un lugar de encuentro y complot, de debate intelectual y chismorreos, el lugar del flâneur y del poeta o del metafísico con sus infaltables cuadernos. Una taza de café, un vaso de vino, un té con ron franquean el paso a un local donde se puede trabajar, soñar, jugar al ajedrez o simplemente pasar el día cómodamente. Es el club del espíritu y la «lista de correos» de los que no tienen domicilio». Desde luego, al escribir esto Steiner no estaba pensando en los bares españoles. Y si Sartre escribió una vez que «nadie redactaría un tratado de fenomenología en la mesa de un bar americano», le faltaba añadir que nadie escribiría absolutamente nada en un bar español.

Pascal y Montaigne dijeron que «el objetivo de toda educación consiste en no tener miedo de permanecer sentado en una habitación silenciosa». Pero una vez desaparecidas en el espacio público las «habitaciones silenciosas», ¿para qué la educación? Siempre habrá por ahí una caja tonta que nos rescate de la amenaza del silencio.



SARA MORANTE / PÁGINAS DE ESPUMA

El amor más frío es el de los glaciares

El alemán de origen búlgaro Ilia Trojanow (1965) tiene tras de sí una amplia carrera como narrador y editor, aunque el lector español sólo conozca su apasionante *El coleccionista de mundos*, novela de aventuras basada en la vida de sir Richard Francis Burton. Trojanow, cuya obra está marcada por un compromiso político derivado de una intensa vida a caballo de varias culturas, alcanza una de las cimas de su arte de combate en *DesHielo*, una lanza afilada con la que alertar sobre la amenaza del calentamiento global. El hombre conocido como Mr. Iceberger, un científico que ha dejado su cátedra para estar más cerca del glaciar que ama, trabaja como guía de expediciones turísticas a la Antártida. El contraste entre la banalidad esnob de los viajeros y las preocupaciones que a él le corren la entreaña le llevará a adoptar una decisión nada común, convencido de que el fracaso de las políticas medioambientales exige acciones innovadoras. Un esclarecedor prólogo de Jorge Riechmann sobre el calentamiento global completa el volumen.



DesHielo

ILIA TROJANOW

Prólogo de Jorge Riechmann

Traducción de Rosa P. Blanco

Rayo Verde

176 páginas

17,50 euros